

● ARTE ● LETRAS ● ESPI

de Alfonso Reyes, el excelente ensayista mejicano que también fue buen narrador y poeta. Los trabajos siguientes —que, en mi opinión, son bastante desiguales— se consagran a una serie de autores bien conocidos por el lector español: Emir Rodríguez Monegal se ocupa de Borges; Richard J. Callan, de Asturias; Eduardo G. González, de Carpentier; John Deredita, de Onetti; Martha Morelo-Frosch, de Cortázar; Hugo Rodríguez Alcalá, de Roa Bastos; Manuel Durán, de Rulfo; George R. McMurray, de Donoso; Donald A. Yates, de Denevi; Roger M. Peel, de García Márquez; Richard Reeve, de Fuentes, y Julio Ortega, de Antonio Benítez. A mi entender, todos los trabajos primeros —los que van desde la época colonial hasta Alfonso Reyes inclusive— están bien hechos y son de gran utilidad para el interesado en la narrativa de Latinoamérica. Los que enfocan autores más cercanos —desde la gran figura de Borges hasta la del joven cubano Benítez— son, ya lo advertí, muy desiguales en calidad, cosa que en un libro colectivo es inevitable. En ciertos casos, algunos autores —indiscutibles autoridades en literatura latinoamericana y profundos conocedores del tema concreto que estudian— se «autoplagian», repiten cosas ya dichas por ellos mismos: tal me parece ver en el trabajo de Rodríguez Mone-

gal sobre los símbolos borgianos. En otros casos —Yates, por ejemplo, en su acercamiento a Denevi— nos parece ver que se da excesiva importancia a hechos anecdóticos, innecesarios para el análisis de una obra. Otras veces, el crítico ha tratado de simplificar demasiado, quizá pensando en llegar a un público mayoritario, y los resultados no me parecen, en absoluto, positivos: es el caso de Peel, o el de Reeve, que tienen a su cargo el comentario de García Márquez y de Carlos Fuentes, respectivamente: el lector español, que conoce bastante bien a estos dos creadores, no encontrará ahora nada nuevo. En ciertas ocasiones, creo que un método crítico aplicado «a priori», o una idea previa que se quiere afirmar y probar a toda costa, limitan algunos trabajos, por otra parte, bien hechos. A mi juicio —pensando, desde luego, en el carácter general del libro— hay algunos ensayos ejemplares: así —además de los primeros, ya mencionados—, el de Manuel Durán —Los cuentos de Juan Rulfo o la realidad trascendida—, o el de Julio Ortega —Los cuentos de Antonio Benítez—, entre otros. Tanto Durán como Ortega logran dar una visión general y a la vez profunda del tema estudiado. Ortega logra, además, que aquellos lectores que desconozcan la obra narrativa de Antonio Benítez se intere-

sen en conocerla. Algunos otros trabajos, que no dudo en calificar de excelentes, resultan, tal vez, demasiado minoritarios y más bien destinados al especialista que al lector común: tal es el caso del ensayo del jovencísimo crítico Eduardo G. González, que escribe sobre El acoso, de Carpentier (por supuesto que el hacer una excelente crítica de un cuento es siempre un hecho positivo). Están bien los panoramas generales de la segunda parte, aunque sólo se incluyen en ellos a cuatro países: Méjico, Chile, Perú y Cuba, estudiados, respectivamente, por Luis Leal, Julio Durán-Cenda, Earl M. Aldrich y Seymour Menton. A Leal tenemos que agradecerle su detenido comentario en torno a Juan José Arreola, cuentista de primera línea al que no suele concedérsele toda la atención que merece. Quedan sin estudiar otros países. Así, Argentina, que aunque esté muy bien representada en la primera parte, merecería un panorama de conjunto. O los jóvenes cuentistas uruguayos. O Venezuela, Santo Domingo, Puerto Rico... Quedan también sin estudiar —esto, en la primera parte— figuras tan significativas como un Ricardo Palma, uno de los más notables «precursores»; o momentos importantes, como el naturalismo de fin de siglo. Pero estos son fallos inevita-

bles en un libro de carácter colectivo, y, sin duda, el director de la publicación lo sabe mejor que nadie.

Como señalé, dos «apéndices» figuran al final. El de Alexander E. Severino, sobre el cuento brasileño, aunque muy breve, es útil. El «apéndice» segundo —el trabajo de Jorge Campos— cierra muy bien el panorama general, iniciado por el prólogo de Pupo-Walker: nadie mejor que Jorge Campos —que ya se ocupaba de la literatura de Latinoamérica en España cuando muy pocos le prestaban atención— para cerrar el volumen. ■ AURORA DE ALBORNOZ.

Wounded Knee: una historia india del Oeste americano

«Todo empezó con Cristóbal Colón...», que se quedó sorprendido de la bondad natural de aquellos salvajes que creía indios.

«Tan tratables, tan pacíficos son —escribía Colón a los Reyes Católicos—, que juro a Vuestros Mercedés que no hay en el mundo mejor nación. Aman a su vecino como a sí mismos, y su habla, iluminada por una permanente sonrisa, es dulce y cariñosa, y si bien es verdad que andan desnudos, sus maneras, no obstante, son decorosas y encomiables». En el curso de los cuatro siglos siguientes, hasta la masacre de Wounded Knee en 1890, esas razas, que los colonizadores llamaron indios o pieles rojas, se verían sometidas a un proceso de exterminio total a manos de los europeos que acudían a colonizar América.

Acaba de aparecer en las librerías españolas un libro de un escritor americano que narra los últimos años de lucha de las tribus del Oeste americano. Se nos ofrece en este volumen la

ALIANZA EDITORIAL

Novedades

EL LIBRO DE BOLSILLO

449 Carlos Castilla del Pino
INTRODUCCION AL
MASOQUISMO

Leopold von Sacher-Masoch
LA VENUS DE LAS
PIELES

450 Andreas G. Papandreou
EL CAPITALISMO
PATERNALISTA

*451 Ramón del Valle-Inclán
LA CORTE DE LOS
MILAGROS

452 John J. Fried
EL MISTERIO DE LA
HERENCIA

**453 Roger Martin du Gard
JEAN BAROIS

*454 Paul Bairoch
EL TERCER MUNDO EN
LA ENCRUCIJADA

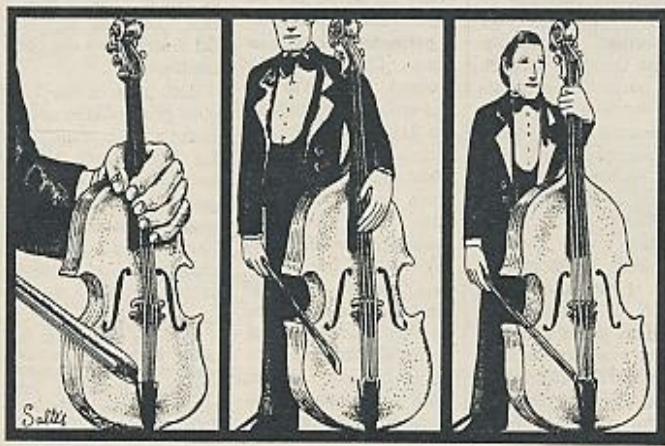
ALIANZA UNIVERSIDAD

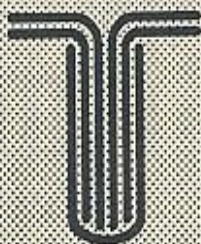
James L. Riggs
MODELOS DE DECISION
ECONOMICA PARA
INGENIEROS Y
GERENTES DE
EMPRESA · AU-21
492 págs., grabados, cuadros
y tablas, 260 ptas.

Michael Akehurst
INTRODUCCION AL
DERECHO
INTERNACIONAL · AU-34
632 págs., 220 ptas.

Milton Friedman
UNA TEORIA DE LA
FUNCION DE
CONSUMO · AU-36
381 págs., grabados, 200 ptas.

FERIA DEL LIBRO
Caseta n.º 6





E. M. Cioran

La tentación de existir

Charles Fourier

La armonía pasional del nuevo mundo

Friedrich Nietzsche

Inventario

Ed. de Fernando Savater

José Manuel Castells

Las asociaciones religiosas en la España contemporánea

1867-1965. Un estudio jurídico-administrativo

Antonio Jiménez-Landi

La institución libre de enseñanza

I. Los orígenes

TAURUS

Marqués de Salamanca, 7
MADRID-6

ARTE • LETRAS

historia real de lo que fue el enfrentamiento de los colonos blancos y su ejército con las tribus indias que habitaban la mayor parte de lo que luego iban a ser los Estados Unidos. Es curioso que, más tarde, el cine nos haya presentado como una gloriosa epopeya nacional lo que fue sencillamente un genocidio.

Todavía a principios del siglo XIX la colonización blanca apenas había llegado más allá de los ríos Missouri y Mississippi. Las tribus de Nueva Inglaterra ya habían sido exterminadas, como lo estaban siendo las del Sur. Los cherokees, los miamis, los creeks, los seminolas, no habían podido ser asimilados y civilizados, es decir, no se había hecho de ellos la mano de obra barata que necesitaban los colonos en sus plantaciones. Para suplir esa necesidad llegaban los barcos de África cargados de esclavos, con los que, además, no había que discutir quién estaba en posesión de las tierras y los pastos.

Hubo intentos por parte de ciertos sectores de adaptar al indio a la civilización blanca, pero éstos siempre se resistieron. Como dijo Gran Aguila, de los sioux santes: «Si los indios hubiesen tratado de forzar a los blancos a vivir como ellos, éstos se hubiesen resistido: lo mismo sucede con los indios».

A partir de las primeras décadas del siglo XX, las oleadas de emigrantes europeos se hicieron cada vez más numerosas. La conquista del Oeste se emprendió porque se necesitaba «espacio vital»; la invocación al «Destino Manifiesto» no fue sino una excusa para exterminar a los indios de las llanuras. Estos, que habían vivido siempre en medio de una naturaleza privilegiada, vieron cómo en el transcurso de unos pocos años sus tribus eran acorraladas, vencidas, diezmadas, para, al fin, verse encerradas en unas reservas

donde, sin caza y sin armas, quedaban a merced de los soldados y de los comerciantes locales, esperando unos subsidios siempre escasos del gobierno, que con frecuencia desaparecían en los bolsillos de los burócratas encargados de repartirlos. A los indios no les quedaba otra solución que escapar de la reserva y enfrentarse en una guerra suicida con el hombre blanco.

En treinta años, de 1860 a 1890, las tribus de las llanuras del Medio Oeste (los navajos, los sioux, los cheyennes, los kiowas, los apaches) fueron exterminadas, haciendo cierta la frase de uno de sus verdugos, el general Sheridan: «El único indio bueno es el indio muerto».

El bisonte, que proporcionaba al indio su alimento y su vestido, fue exterminado, con el objeto de rendir a los indios por hambre. De los tres millones setecientos mil bisontes muertos entre 1872 y 1874, sólo ciento cincuenta mil fueron cazados por los indios. A los soldados se les ofrecía como recompensa el equivalente a una paga mensual por cada «pony» abatido. En 1879 fue necesario un proceso para que un indio ponca fuese reconocido como «persona».

Todo este negro capítulo de la historia de los Estados Unidos ha sido deformado hasta la saciedad por el cine de Hollywood. Custer, por ejemplo, que se nos ha presentado tantas veces como un héroe, era un especialista en perseguir y masacrar tribus indias. Cuando fue derrotado y muerto en una emboscada, junto al río Little Big Horn, se dirigía al asalto por sorpresa de una tribu indiana, como había hecho antes, en la que luego llamaron «batalla» del río Washita, que no fue más que el asalto al amanecer de una tribu de cheyennes que le salieron al paso con banderas blancas, ya que poco antes habían concertado un tratado. La

táctica para el exterminio de estas tribus nómadas recuerda mucho a las operaciones por sorpresa que el ejército americano practicó en las aldeas de Vietnam. La única diferencia entre la matanza de cheyennes en Sand Creek (reproducida con exactitud en la película «Pequeño gran hombre») y la matanza de My Lai, es que en ésta las tropas llegaron en helicóptero.

«Enterrad mi corazón en Wounded Knee» (1) es un libro impresionante y necesario, que borrará para siempre la deformada imagen que nos ha dado el cine americano de este triste capítulo de la historia norteamericana. ■ M. ARROYO.

(1) Dee Brown, «Enterrad mi corazón en Wounded Knee». Bruguera, 1973.

Las lenguas de España

El libro del profesor Entwistle (1), fallecido en Oxford hace ahora veintidós años, proporciona una interesante y feraz panorámica de las grandes lenguas de la península Ibérica, tanto de aquellas que son grandes por la considerable cantidad de datos nuevos que aportan al estudio (como es el caso del vasco), como aquellas otras que, aun perteneciendo a las grandes familias lingüísticas — y en las que, por lo tanto, se repiten fenómenos similares o idénticos —, adquieren otro tipo de grandeza, de índole social o histórica, como es el caso del castellano o del portugués.

Cada una de las lenguas peninsulares es estudiada en el marco de los datos que la singularizan en el contexto general. Así, el vasco es analizado desde el peculiar fenómeno de la tenacidad de su conservación, mientras que el

(1) «Las lenguas de España: castellano, catalán, vasco y gallego-portugués», William J. Entwistle. Ediciones I s t m o. Colección Fundamentos, n.º 30. 1973.